BRAILLE MONITOR
Volumen 59, Número 4, abril 2016
                             Gary Wunder, Redactor

Puede ver la foto en HTML en su navegador.

https://nfb.org/images/nfb/publications/bm/bm16/bm1604/bm160402.htm
[LEYENDA DE LA FOTO: Deborah Kent]
                     ¿Dónde Está el Baño de Mujeres, de Todos Modos?
                            por Deborah Kent Stein

      Nota del redactor: Este relato se llevó a cabo originalmente en la edición de otoño de 2014 de Persimmon Tree, una revista en línea de las artes por mujeres de más de sesenta.
Deborah Kent Stein es escritora de muchos libros para niños y editora de Future Reflections, una revista que se utiliza como una fuente de información y estímulo de los padres de niños ciegos en los Estados Unidos y más allá.
Vive en Chicago con su marido, y juntos tienen una hija adulta.
      En este artículo Debbie describe la emoción de convertirse en una autora publicada, pero pronto descubre que su recién encontrado éxito no es suficiente para protegerla de la percepción de que ser ciega significa que no puede hacer nada, con necesidad de cuidados especiales. He aquí lo que dice:

      Algunos acontecimientos de la vida son tan trascendentales, que se sabe que una va a ser transformada para siempre. Ese conocimiento me mantuvo a flote como un salvavidas a medida que abordaba un autobús urbano para ir a comer con mi redactora de The Dial Press. Yo tenía veinte y ocho años, y mi primera novela acababa de ser aceptada para su publicación.
      "Por favor, avíseme cuando lleguemos a la calle Cuarenta y seis," le dije al conductor. Iba con la cabeza bien alta y me sentía orgullosa, y mi voz irradiaba confianza. Por supuesto el conductor me avisaría cuando llegáramos a mi parada. Este iba a ser un día perfecto. Había entrado en el círculo de los ganadores.
      Mis aretes se movían ligeramente mientras seguía a mi perro guía, Yulie, un pastor alemán de cuatro años, por el pasillo estrecho. Me deslicé en el asiento, y ella se acurrucó a mis pies. El bus rechinó hacia delante a través del tráfico de la ciudad. Estamos en camino.
      ¿Qué dirían mis compañeros de viaje si supieran que estaban compartiendo su viaje por la mañana con una autora genuina? Por supuesto, yo era la misma persona que había sido la semana pasada, antes de la carta de aceptación rotunda que había llegado. Pero ahora, por fin, había logrado una versión de mí misma que el mundo reconocería y respetaría. La gente sabría que no era simplemente esa mujer ciega con el perro hermoso. Era una mujer que firmaba contratos literarios y se precipitaba a almuerzos con los redactores.
      Varios redactores ocupaban el tercer piso del edificio de la gran oficina en 1 Hammarskjold Plaza, una dirección de prestigio justo al lado de las Naciones Unidas. Después de tres conjuntos conflictivos de direcciones de extraños, llegué a la suite de Dial Press. Me presenté a la recepcionista y le dije que tenía una cita para las doce del mediodía. Llegué quince minutos antes, y ella me invitó a esperar en el sofá con cubierta de vinilo.
      "En primer lugar," dije, "¿Me podría decir dónde está el baño de mujeres?"
      Hubo un silencio de asombro. "¡Oh, no! No, me temo que no!" la recepcionista tartamudeó. "Este está al final del pasillo, nunca será capaz de encontrarlo, hay obstáculos,"       ¿Qué obstáculos se creía que podrían interponerse en mi camino? Pregunté de nuevo con un firme pedido, sin más sensatez para obtener información, pero se negó a dar siquiera una insinuación.
      Consideré la posibilidad de regresar al pasillo y hacer la búsqueda conjunta con un poco más de direcciones, pero los minutos estaban huyendo, sin embargo, y puede que no regresara de nuevo a las doce. No podía correr el riesgo de llegar tarde.
      "No importa," dije. "Esperaré." Sin duda, mi redactora no tendría problemas para explicar cómo llegar desde el punto A al punto B. Estaba en el negocio de la lengua, después de todo.
      Había instalado a Yulie a mis pies y pensé en la reunión por delante. tuve una idea para mi próximo libro, y me preguntaba cuándo sería el momento ideal para plantear el tema. Conseguir un primer libro publicado sería maravilloso, pero no quería dejarlo allí.
      De repente oí a la recepcionista decir el nombre de mi redactora. "Su cita de las doce en punto está aquí", informó en un recortado, tono profesional. Entonces su voz se convirtió en un susurro. "Ella tiene que ir al baño," dijo entre dientes," ¡y es ciega!"
      Una oleada de rubor inundó mi cara. Para la mujer que estaba detrás del mostrador yo no era una nueva autora de triunfo. Era simplemente ciega, con toda la carga que la ceguera implicaba para ella. Yo era una niña grande irresponsable, y en cualquier momento podría hacer pis en los muebles.
      Segundos después una puerta interior se abrió, y mi redactora se desvaneció para evitar un desastre. Después de un rápido intercambio de cortesías, se ofreció a mostrarme el servicio de señoras. Ella tenía abundante gracia, y pasamos a salvar nuestro encuentro, a pesar del inicio incómodo. Durante el café y el postre había mencionado mi nueva idea del libro, y ella me invitó a presentar una propuesta.
      La publicación de mi primera novela había cambiado mi vida. Dejé mi carrera de trabajadora social para siempre y me convertí en una escritora a tiempo completo. Pero mi primer encuentro con una redactora no fue la transformación de ese lejano día. mi momento pivotal Llegó en un momento en que escuché el anuncio de la recepcionista en el teléfono de la oficina: "¡Ella tiene que ir al baño y es ciega!"
      Ciega de nacimiento, crecí sin tener que probar algo ante los demás. Mi familia creía en mí, pero más allá de la esfera de seguridad de la casa estaba el mundo lleno de escépticos y detractores. Los maestros ofrecieron aligerar mis asignaciones; líderes Scout me animaban a no ir a las excursiones; en el parque de atracciones un director se negó a dejarme subir a la montaña rusa. "Tú mejor no intentes eso, querida, "había oído una y otra vez." Espera aquí ...
Lo haremos para tí ... Eso va a ser más fácil ... más seguro ... "El éxito del pasado y las capacidades actuales no cuentan para nada. El estribillo era interminable: "No puedes hacer eso. No es para ti. Estás ciega."
      El logro es la clave, mis padres me aseguraron. Si Estudiaba mucho y aprovechaba todas las oportunidades, me tallaría un lugar para mí en el mundo.
Llegué a creer que, si era lo suficientemente exitosa en la vida, algún día la gente me vería totalmente. Sabrían que la ceguera no me define, que eso era sólo un aspecto de lo que era, como ser mujer y norte americana. la recepcionista me mostró que ningún logro jamás me liberaría de las humillaciones de perjuicio.
      Como estudiante en una ciudad universitaria liberal en la década de 1960, respondí al llamado a la acción colectiva muchas veces. Me dirigí hacia el Pentágono con un letrero que había exigido: "Trae a los chicos a casa!" Enseñé a niños más desfavorecidos y había visitado a los pacientes que languideciían en los pabellones psiquiátricos estatales. Sabía que tuve la suerte de haber crecido con una familia cariñosa en un suburbio limpio, y cómodo. En el mundo real hay millones que no gozan de mi buena fortuna. Mi generación se había comprometido a cambiar todo eso. Haríamos añicos los baluartes de la desigualdad y crearíamos el mundo que debería ser.
      Mientras cantaba, "Venceremos," "We Shall Overcome," y añadiría mi voz al coro que llamaba "¡a LA PAZ AHORA!" Estaba luchando un número interminable de batallas solitarias privadas. Un profesor de arte me prohibió su curso de estudio de escultura; un médico en la clínica de la ciudad universitaria se negó a firmar mi formulario de salud médica de rutina para un viaje al extranjero; Me reusaron la participación en un proyecto de invierno. Fue porque yo era ciega, decían. Esa fue toda la razón que alguien necesitaba.
      Esos momentos de exclusión se plegaron en un patrón predecible. Cada nuevo incidente evocó los recuerdos de toda una vida, y cada lucha refinó mis habilidades en la lucha en contra de ello. He aprendido a negociar, para construir un argumento, a pasar por encima de las cabezas. Al final, después de varios grados de estrés y dolor psíquico, por lo general prevalecí. Las puertas se abrieron, tentativamente, a regañadientes, pero una vez que había cruzado el umbral tuve otra oportunidad de demostrar mi capacidad.
      Aunque he ganado incontables batallas, la guerra se prolongó. A veces estaba obligada a reconocer la derrota. Tenía que tomar una clase diferente o encontrar un proyecto alternativo de invierno, cuando los responsables se negaron a ceder.
      Nunca se me ocurrió que los cortes de ruta con los que lidiaba eran síntomas de una injusticia social generalizada. Términos tales como "racismo" y "Explotación capitalista" eran parte de mi vocabulario, pero no sabía ni una palabra para la exclusión que me encontré a causa de mi ceguera. Parecía profundamente personal, una carga vergonzosa única a mi propia experiencia. Todos mis amigos eran videntes. Nunca había tenido un mentor ciego. En toda mi vida nunca había conocido a un maestro ciego, un tendero ciego, un banquero ciego, o incluso una ama de casa ciega haciendo la crianza de los niños. Por lo que pude ver, las personas ciegas se desvanecieron en la estratosfera cuando crecieron. Estaba decidida a compartir con todos los desafíos y las recompensas de la vida. Quería hacer contribuciones significativas que existen. Pero sentí que me estaba embarcando en un solo viaje. Lo que había optado por hacer, es que me gustaría ser una pionera.
      Después de graduarme de la universidad gané un título de maestría en trabajo social. Había construido una sólida hoja de vida, mezclada con el trabajo voluntario y prácticas de verano en adición a mi formación de postgrado. Sin embargo, cuando me puse a encontrar un trabajo, las puertas estaban sujetadas y cerradas.
      Mi hoja de vida me ganó un número de entrevistas de trabajo. En el teléfono posibles empleadores fueron cordiales y entusiastas, pero el tono se volvió a enfriar en el momento en que entré por la puerta. A veces, una posición que estaba disponible esa misma mañana, milagrosamente se había llenado al mediodía. A veces el entrevistador había dado consejo. En las grandes agencias Me dijeron que probara un lugar más pequeño donde el personal me podía dar la atención especial que sin duda necesitaría. En las pequeñas agencias oí, "Usted debe solicitar en uno de los grandes lugares que tienen una gran cantidad de diferentes programas; quizá puede caber en alguna parte. "El director de trabajo social en un reconocido hospital privado declaró: "Debido a su impedimento no estoy a punto de contratarla. ¿Por qué debería contratar a alguien con un problema? Tengo docenas de otros candidatos para elegir."
      A medida que pasaban los meses, todos mis compañeros de clase encontraron trabajo. Se convirtieron en adultos autosuficientes, miembros respetables de la comunidad. Yo estaba todavía viviendo en casa, enviando hojas de vida, y cada vez más y más desesperada.
Comencé a entender que el trato que había recibido no tenía nada que ver con mis fracasos personales. Era una respuesta genérica a mi ceguera, no muy diferente al rechazo que los afroamericanos experimentaron históricamente cuando solicitaban a una universidad totalmente blanca o se habían sentado en un comedor sólo para blancos.
Se trataba de una discriminación flagrante. Sin duda, había gente que podía ayudarme. Llamé a la ACLU [American Civil Liberties Union].
      La mujer que contestó el teléfono escuchó con atención, y entonces, pasó mi llamada a otra persona. "Nunca hemos tenido una situación como esta antes",
oí, y mi corazón se hundió. Me quedé mientras que mi llamada fue transmitida una vez más a "Alguien que sabría."
      "Lo siento, pero no puedo ayudarle," la voz de la autoridad me dijo al fin. "Si se trata de la discriminación por motivos de raza, religión o género, podríamos asumirlo. Pero no hay ninguna ley sobre la discriminación en motivos de discapacidad. Si desea ayuda de nosotros, tiene que cambiar la ley primero. "Volví a Mis hojas de vida y a mis entrevistas. Yo era una pionera, desafiando el desierto sin caminos.
      Después de meses de búsqueda mi persistencia fue recompensada al fin. Había encontrado un puesto en una clínica de salud mental de la comunidad en una casa de bienestar social en el Lower East Side de Nueva York. Fue un trabajo ideal para mí, lo que me permitió trabajar con una amplia variedad de clientes. Mis colegas eran cálidos y acogedores, y rápidamente me convertí en una miembra de pleno derecho del equipo. Alquilé un apartamento en la ciudad y me tiré a mi nueva vida emocionante. Pero No podía olvidar la dura prueba de la discriminación que había sufrido. Cuando una crisis financiera amenazó con cerrar la casa de bienestar social y me tiré de nuevo en el mercado de trabajo, sentí un embrague de temor. Había tenido la suerte de encontrar un lugar donde fui aceptada y valorada, pero sabía lo que el mundo podía entregar.
      Había estado viviendo en Nueva York durante dos años, cuando me crucé con una conocida ciega de mi infancia. Habíamos asistido al mismo campamento de verano para niños ciegos, y ahora ella también vivía en la ciudad. Como yo, se había encontrado con un muro de discriminación cuando buscó trabajo después de la universidad. Ahora se había unido con un grupo de otros jóvenes profesionales ciegos para escribir una enmienda a la Ley de Derechos Humanos del Estado de Nueva York de modo que cubriría la discapacidad, así como la raza, la religión, y género. Me acordé de mi llamada a la ACLU y ofrecí ayudar. ¡Aquí estaba mi oportunidad de cambiar la ley!
      Fue emocionante trabajar con otras personas que compart'ían mi punto de vista.
Inspirada por el espíritu de los años sesenta, que había unido sus fuerzas para marcar una diferencia. Nuestra enmienda fue aprobada en la legislatura y se convirtió en parte de la ley del estado de Nueva York. Unos meses más tarde, fue sustituida por la ley estatal cuando el Congreso de Estados Unidos aprobó la Ley de Rehabilitación de 1973. La innovadora Sección 504 prohibió la discriminación contra las personas con discapacidad en cualquier programa que recibió $2.500 o más por año en fondos federales.
      Lo que había sucedido era extraordinario. Cientos de personas con discapacidad, personas ciegas, personas sordas, los sobrevivientes de polio, las personas con parálisis cerebral, habíamos juntado nuestra fuerza y cambiado el mundo. Habíamos ganado protecciones legales que no existían antes. Di un paso atrás con alivio.
No deseaba que los derechos de los discapacitados se convirtieran en el trabajo de mi vida. Con el paso de las nuevas leyes me sentií libre para seguir adelante.
      Por supuesto, era ingenuo imaginar que el artículo 504 vencería la discriminación. Sin embargo, creía que el cambio sería potente y claro.
A los estudiantes ciegos ya no se les puede prohibir tomar las clases que han querido, y ciegos en busca de empleo tendrían recursos en caso de que un posible empleador dijera: "A causa de su impedimento no estoy a punto de contratarla." Ocupada con mi carrera y en mi círculo de amigos, no intenté averiguar si la ley tenía un impacto. Quería creer en la buena noticia.
      Con el tiempo me fui de mi trabajo social y me trasladé a San Miguel de Allende en México para intentar poner mi mano en la escritura. Me quedaría un año, me dije, pero me quedé durante cinco años en total. Escribí una novela joven-adulta, La Pertenencia. La envié para hacer su camino en el mundo, y un día recibí una carta diciendo que había sido aceptada para su publicación. Fuí a The Dial Press a comer con mi redactora.
      El movimiento de las mujeres de la década de los setenta acuñó la frase, "Lo personal es político. "¿Qué podría ser más personal que el deseo de visitar el baño de mujeres de forma discreta y con dignidad? En ese momento con la recepcionista en la Dag Hammarskjold Plaza, mi dignidad fue despojada. los supuestos de la recepcionista acerca de quién era yo y cómo me debería tratar surgió de las creencias culturales sobre la discapacidad que se remontan a antes de los albores de la historia. Llegué a entender que cada minuto de cada día, peores escenas jugaron un papél en todo el país y en todo el mundo.
      La verdad no vino a mí con un estruendo de trompetas y un accidente de platillos. Se filtraba gota a gota con los años; la vida cotidiana trajo recordatorios y refuerzos que ya no podía ignorar. me di cuenta de que las leyes eran un espléndido comienzo, pero no fueron suficientes para cambiar las mentes y los corazones de la gente. Tampoco podrían los logros liberarme a mí o a cualquier otra persona con una discapacidad del aferramiento de los prejuicios. La discriminación persistiría en múltiples formas a menos que trabajemos juntos y la asaltemos con determinación inagotable.
      Nunca quise hacer el trabajo de derechos de la discapacidad en mi vida, pero paso a paso se me metió el activismo. Alejándome ya no era una opción. Había tanto por hacer que se necesitarían millones de personas y más vidas de las que podía contar.
      Me convertí en una miembra comprometida de la Federación Nacional de Ciegos, una organización que aboga por la plena participación de las personas ciegas en todos los aspectos de la vida. Luchamos por la igualdad de oportunidades en la educación y el empleo, para el acceso a la tecnología, para el derecho de los padres de familia ciegos en criar a sus hijos, para la representación justa de las personas ciegas en los medios de comunicación.
Trabajamos para educar al público acerca de las capacidades de las personas ciegas y las contribuciones que podemos hacer cuando se nos da una oportunidad. Para mí una de nuestras actividades más cruciales es el asesoramiento de los jóvenes ciegos. Tratamos de enseñarles que se puede caminar con confianza, que pueden crecer y tener todos los privilegios y responsabilidades de la edad adulta, que es perfectamente respetable ser ciego.
      La discriminación todavía acecha el lugar de trabajo, pero las oportunidades se han inaugurado en ciudades universitarias en campos tan diversos como la enseñanza, la química y la informática.
Poco a poco, las leyes contra la discriminación y la educación pública están haciendo incursiones. Y hoy en mi visita a las oficinas de un redactor no tengo por qué preguntar donde está el baño de mujeres. En la pared exterior de cada puerta de los baños hay un signo Braille marcado claramente como "hombres" o "mujeres". De forma discreta y con dignidad, Puedo elegir la puerta correcta.